

# LA INCLINACIÓN DEL CORAZÓN

Cartas Vocacionales – noviembre de 2020.

---

Vivimos – o, por lo menos, vivíamos antes de la pandemia – en la sociedad del entretenimiento y en el imperio de las redes sociales. Los usuarios de *Facebook*, por ejemplo, sabemos que podemos reaccionar ante las publicaciones de nuestros “amigos” con siete expresiones diferentes: me gusta, me encanta, me importa, me divierte, me asombra, me entristece y me enfada. En el fondo, todas se reducen al binomio “me gusta-no me gusta” que tanto caracteriza nuestra forma emocional de comportarnos. Es obvio que no podemos vivir sin emociones y que la dimensión afectiva colorea lo que somos y hacemos. El discernimiento vocacional aprovecha esta fuente de energía, pero no se detiene en ella, la proyecta más lejos.

San Antonio María Claret sabía por experiencia que el dejarse llevar solo por los propios gustos no ayuda a encontrar el camino de la vida: “Yo, naturalmente, gusto más de unas cosas que de otras, como todos; pero era tanto el gusto espiritual que sentía en hacer la voluntad ajena, que sobreabundaba al gusto físico particular, y así no faltaba a la verdad en lo que decía” (Aut 410). Un ejemplo concreto fue la decisión de ir a predicar en las islas Canarias: “¿Le gustaría a usted ir a predicar en aquellas Islas? [le preguntó el obispo Corcuera] Yo le contesté que no tenía gusto ni voluntad; que únicamente gustaba de ir a donde mi Prelado de Vich me mandase” (Aut 479). En esta misma línea, el papa Francisco nos invita a no mirar tanto lo que nos gusta, sino lo que le gusta al Señor. Esta fue siempre la intención de Claret: “No busco, Señor, ni quiero saber otra cosa que vuestra santísima voluntad para cumplirla, y cumplirla, Señor, con toda perfección” (Aut 445). Hacer la voluntad de Dios es, en el fondo, hacer coincidir nuestros gustos con los suyos: “Un hijo hace, trabaja y sufre no como un esclavo ni criado, sino como un buen hijo, que ama mucho a su padre y por darle gusto y no disgustarlo ni en lo más mínimo”.

El papa Francisco insiste en que en el proceso de discernimiento vocacional es necesario ir más allá de los gustos (sin reprimirlos) hasta descubrir la “inclinación del corazón”, la “intención última”. Más allá del binomio “me gusta-no me gusta”, al que nos ha acostumbrado la sociedad del entretenimiento, necesitamos percibir la inquietud profunda de nuestro corazón porque ahí se manifiesta lo que Dios quiere de nosotros. Para percibirla se requiere una actitud de humildad: “Señor, ten misericordia de mí”. Cuando creemos que la vocación consiste en hacer lo que nos gusta o en dejarnos llevar solo por nuestros sentimientos siempre cambiantes, nos situamos – quizá sin saberlo – en el centro, nos volvemos egocéntricos. Entonces necesitamos que alguien nos ayude a des-centrarnos, a ir más allá de nuestro círculo, de forma que nuestros gustos vayan cediendo paso a las necesidades de los demás y, en definitiva, a la voluntad de Dios. La vocación se irá abriendo camino sin ninguna violencia.

---

**Gonzalo Fernández Sanz, CMF**  
**Prefecto General de Espiritualidad**

